LA POESÍA SIGUE SIENDO COMUNICACIÓN

Leopoldo DE LUIS
Asociación de Escritores y Artistas Españoles

Cunde un tópico, ya romántico, ya racionalista, propiciando la poesía como indefinible y aureolada por lo inefable. Es una pretenciosa imprecisión, una vaga nebulosa que busca la evasión o el «elitismo». Decía el poeta Pedro Salinas: «Hasta lo inefable tiene nombre: se llama eso, lo inefable». Y otro gran poeta, Vicente Aleixandre, se lanzó decididamente a definir la poesía: «Antes que alcanzar belleza, es buscar comunicación entre las almas de los hombres». Intelectualistas e intimistas quisieron rectificarle, y replicaron que la poesía no es comunicación, sino forma de conocimiento.

Cabe la convivencia de ambas vislumbres, pero resulta obvio que la primera lo es esencialmente, porque el conocimiento quedaría en nada de no comunicarse. Obtenido el conocimiento por vía poética, su comunicación es un efluvio. Un poeta es un hombre expresándose de forma peculiar, y la expresión es de por sí comunicativa. Se equivocaba Bécquer al decir en una de sus *Rimas*: «Podrá no haber poetas, pero siempre habrá poesía». No. Si no hubiera poeta (esto es: hombre expresándose) no habría poesía. La poesía no es algo que existe *per se*, sino algo que el poeta pone en las cosas y nos lo cuenta. Acontece como con el paisaje: ¿qué sería el paisaje sin la mirada del hombre? Sólo un trozo telúrico, un pedazo de planeta ciego. Es el hombre, al mirarlo, quien lo convierte en paisaje. Porque la rosa no nos mira, somos nosotros quienes miramos a la rosa; la miramos y la admiramos y le conferimos calidad de paradigma de belleza y de perfección. En cambio, es válida la Rima que declara «*Poesía eres tú*», siempre que traduzcamos ese pronombre *tú* por tú, mundo; tú, vida; tú, realidad que yo, poeta, asumo en el poema.

Esa necesidad de expresar emociones y sentimientos, haciendo de ellos materia comunicable, es innata en el ser humano. Desde las cuevas de Altamira a las naves espaciales, el hombre necesita expresarse. El hombre es un ser comunicativo, y por eso inventó el lenguaje. La palabra, en cierto modo, es la protopoesía. Y la creación poética se convierte en una forma superior de unión. La poesía actúa mediante la creación de imágenes, en sucesivo y permanente enriquecimiento del idioma. Si bien se mira, cada palabra es una imagen poética. La poesía es –lo decía el argentino Leopoldo Lugones– un bien social.

La comunicación por la poesía se corresponde tanto con un idealismo, que ve el lenguaje como creación y fluencia espiritual hacia la sociedad en que nace, cuanto con el antimentalismo que lo vincula a la fisiología como reacción ante estímulos físicos. La poesía del *yo* y la poesía del *nosotros* es, en ambos casos, un modo de respirar por la herida, por esa herida común que es vivir. Si la lengua española es un brazo fraterno para el mundo hispá-

nico, la poesía sublimiza el abrazo. Atravesó el mar en 1492 con las famosas naves, pero también volvió a atravesarlo en el retorno de los galeones, según frase feliz de Max Henríquez Ureña. Se llamó Garcilaso el Inca, o se llamó Alonso de Ercilla. El uno quiso contar llanamente fábulas e historias que oyó de niño. El otro confesó que todos sus versos no podrían dar a los araucanos más gloria que la merecida por su propio valor. Se llamó Rodrigo de Carvajal y Robles, andaluz cantor de un río peruano, o se llamó Juan Ruiz de Alarcón, mexicano cantor de un río español. Se llamó Alonso Jerónimo Salas Barbadillo, que cantó al cisne siglos antes que Rubén. Se llamó Sor Juana Inés de la Cruz, sabia en letras humanas y divinas. Nombres y nombres se entrecruzan para ostentar el lábaro de la poesía y dando a ésta una figura humana, ya defensora de la tierra, o de la fe, o del amor, o del progreso. Con los albores del siglo XIX, don Manuel José Quintana cantaría la aventura expedicionaria del Doctor Balmis, para llevar la vacuna contra la viruela por todo el continente americano:

Con sangre están escritos
en el eterno libro de la vida
esos dolientes gritos
que tu labio afligido al cielo envía.

Desde 1806 la poesía española quiere ser un abrazo fraterno, y ofrece a los países americanos una suerte de compensación con algo que, años más tarde, figurará entre los derechos humanos: la salud.

La comunicación hispanoamericana constituye un permanente tejido poético en el que han puesto su trama y su urdimbre poetas de amplísima nómina. España no puede olvidar al venezolano Andrés Eloy Blanco, que le dedicó un «Canto». Ni al argentino Raúl González Tuñón, que le dedicó su libro *La rosa blindada*. Ni a César Vallejo y su *España, aparta de mí este cáliz*. Ni a Pablo Neruda y su *España en el corazón*. Ni a Germán Pardo García y su *mural de España*. Y así nombres y nombres. Pensamos tanto en Octavio Paz, que se acercó al dolor del Madrid de 1937, cuanto en León Felipe, que se une a la revolución mexicana.

Claro es que no se trata de alzarse sobre solidaridades recíprocas, sino en el hecho mismo de la creación que, al concebirse en la lengua común, nos compromete emocionalmente a todos. Es cierto que las raíces del poeta de América pueden recibir una savia distinta, substanciada en la causa misma de la cultura del mestizaje. Recientemente lo recordaba en un artículo la escritora guatelmateca Margarita Carrera. Pero esa particularidad no puede borrar el hecho substantivo de una lengua común, ni provocar dos literaturas disociadas, porque el idioma es la sangre del alma, en frase honda de Unamuno. También la poesía española puede nacer desde pugnas de clases, puede alentar del temor y de la miseria. Pero la auténtica poesía es siempre un acto colectivo, aunque nazca de la subjetividad individual. Es el propio Octavio Paz, sagaz conocedor de lo poético, quien dice que el falso poeta habla de sí mismo, casi siempre en nombre de los otros; el verdadero poeta, en cambio, habla de los otros al hablar consigo mismo. Hay una poesía que asume la realidad viva y la convierte en poema. La objetividad en ella es una consecuencia de la contemplación subjetiva. Llamarla de lo exterior, es poco, porque la voz llega de dentro, aunque nos habla de lo de fuera. Hay otra poesía sabedora de que su realidad vive en el propio ser, y el poema es su espejo. La subjetividad en ella es una proyección sobre lo objetivo. Llamarla intimista, es poco, porque la voz es expresión y expresar es sacar fuera, aunque nos hable de lo de dentro. Ambas poesías son comunicación y se unen muchas veces para caminar de consuno.

Cuando Rubén Darío incorpora a su indigenismo un entramado cultural europeo y unas esencias greco latinas, introduce en el alma española una estética de universal cosmovisión y, a la vez, descubre en España una capacidad de profundización en el alma ameri-

cana. Dice: «Mientras exista una América oculta que hallar, vivirá España». Y frente al terror de un zozobrante más allá, o, si se prefiere, ante la angustia existencial, Rubén, el indio, el cosmopolita, el clásico, siente la necesidad ciega de un apoyo, de un soporte superior, y exclama:

Hacia la fuente de noche y olvido,
Francisca Sánchez, acompáñame.

Y Francisca Sánchez no es sino un símbolo radical y profundo de España, en su condición de mujer popular de la vieja tierra de Castilla. Es como si hubiere querido decir: «España, acompáñame».

No me resisto a tomar dos poemas –dos sólo, de tantos como podría– que se convierten en paradigma de esa unión superior. Y superior, para mí, en este caso, quiere decir tanto alta cuanto profunda. Son dos poemas de ida y vuelta, de poetas unidos en el tiempo: el español José Hierro, de 1921, y el nicaragüense Ernesto Cardenal, de 1924.

Hierro, en su poema «Requiem», canta la modesta epopeya del emigrante español anónimo, nieto de fundadores de ciudades, muerto oscuramente, como hijo de una patria pobre.

Manuel del Río, natural
de España, ha fallecido el sábado
11 de mayo, a consecuencia
de un accidente. Su cadáver
está tendido en D'Agostino
Funeral Home. Haskell. New Jersey.
Se dirá una misa cantada
a las 9,30, en St. Francis.

Es una historia que comienza
con sol y piedra, y que termina
sobre una mesa, en D'Agostino,
con flores y cirios eléctricos.
Es una historia que comienza
en una orilla del Atlántico.

Continúa en un camarote
de tercera, sobre las olas
–sobre las nubes– de las tierras
sumergidas ante Platón.
Halla en América su término
con una grúa y una clínica,
con una esquela y una misa
cantada, en la iglesia St. Francis.

Al fin y al cabo, cualquier sitio
da lo mismo para morir:
Ahora descienden a tus cumbres
garras de águila. *Dies irae.*
Lo doloroso no es morir
Dies irae acá o allá
sino sin gloria...

Tus abuelos
fecundaron la tierra toda,
la empapaban de la aventura.
Cuando caía un español
se mutilaba el universo.
Los velaban no en D'Agostino
Funeral Home, sino entre hogueras,
entre caballos y armas. Héroes
para siempre. Estatuas de rostro
borrado. Vestidos aún
sus colores de papagayo,
de poder y de fantasía.

Él no ha caído así. No ha muerto
por ninguna locura hermosa
(Hace mucho que el español
muere de anónimo y cordura,
o en locuras desgarradoras
entre hermanos: cuando acuchilla
pellejos de vino derrama
sangre fraterna.) Vino un día
porque su tierra es pobre. El mundo
Liberame Domine es patria.
Y ha muerto. No fundó ciudades.
No dio su nombre a un mar. No hizo
más que morir por diecisiete
dólares.

Me he limitado
a reflejar aquí una esquela
de un periódico de New York.
Objetivamente. Sin vuelo
en el verso. Objetivamente.
Un español como millones
de españoles. No he dicho a nadie
que estuve a punto de llorar.

Ernesto Cardenal, en su poema «Gonzalo Fernández de Oviedo...», evoca al autor de la «Historia natural y general de Indias», que por el mil quinientos escribió en lengua romance, en nuestra lengua diaria, la realidad geográfica y botánica, también los trajines humanos del nuevo mundo:

Gonzalo Fernández de Oviedo viene a Castilla
y cuenta de los mameyes, que saben a melocotones
y a duraznos, o mejor que duraznos, y huelen muy bien
y son de más suave gusto que el melocotón; del guanábano,
que es un árbol muy grande y hermoso
y la fruta es de una pasta como manjar blanco,
. . . . . .
no hay tan linda fruta en la huerta de Fernando I
en Nápoles,

ni en el Parque del Duque de Ferrara en el Po
ni en la huerta portátil de Ludovico Sforza.

Y hay un árbol o planta, monstruo entre los árboles,
que no se puede determinar si es árbol o planta
y ningún otro árbol o planta hay de más salvajez ni tan feo;
y es de tal manera que es difícil describir su forma,
más que verlo pintado por mano del Berruguete,
o de aquel Leonordo de Vinci, o Andrea Mantegna.

Y sigue Ernesto Cardenal:

Detrás del monasterio, junto al camino,
existe un cementerio de cosas gastadas,
en donde yacen el hierro sarroso, pedazos
de loza, tubos quebrados, alambres retorcidos,
cajetillas de cigarrillo vacías, aserrín
y zinc, plástico envejecido, llantas rotas,
esperando como nosotros la resurrección.

Y también:

Aquí pasaba a pie por estas calles, sin empleo, ni puesto
y sin un peso.
Sólo poetas, putas y picados conocieron sus versos.
Nunca estuvo en el extranjero.
Estuvo preso.
Ahora está muerto.
No tiene ningún monumento.
Pero
recordadle cuando tengáis puentes de concreto,
grandes turbinas, tractores, plateados graneros,
buenos gobiernos.
Porque él purificó en sus poemas el lenguaje de su pueblo
en el que un día se escribirán los tratados de comercio,
la Constitución, las cartas de amor, y los decretos.

El latido humano de estos poemas, su difícil sencillez, nos dan un aletazo de emoción y verdad. Nos sentimos unidos a estos seres, de ayer y de hoy, y merced a su sortilegio poético la comunicación es entrañable. La peripecia humana doblemente aludida es una misma peripecia, zarandeada en el aire del tiempo y nace de una raíz común.

La poesía de España y de América, pensada, sentida y escrita en una misma lengua, no puede separarse. Las antologías deben componerse en conjunto. Las cátedras universitarias deberían unificar sus estudios. Hay una literatura común, y su creación nos une.

Que un poeta español como Odón Betanzos Palacios escriba su admirable obra en Nueva York, que un poeta americano como Gastón Baquero o como Alberto Baeza Flores escriba su obra en Madrid, no es sino coyuntura geográfica. Pero la patria común, la que nos une, sigue siendo la Poesía.

Como el humilde español emigrante, como el personaje del siglo XVI muerto en Santo Domingo, y como los restos lejanos mezclados con los desechos de un cementerio, o como el

poeta que purificó el lenguaje de su pueblo, todos recorremos los territorios de esa patria que es la poesía. En ella deben convivir tanto el que bendice al misionero como el que maldice al soldado; el que denuesta al preboste como el que canta al indio. Poesía es respirar por la herida, y su expresión es el idioma. Unidas por el idioma, las poesías de España y de América son un respirar común. Y las heridas nos duelen a todos.

Desde ese dolor, desde ese amor, yo invoco a esta

Querida y vieja lengua

Yo soy aquel que ayer no más leía
cantos de vida y esperanza, era
un aire suave. Hoy, en lo fatal
encuentra hecho de piedra su destino.
Soñé claustros de mármol con Martí
y novias muertas con Asunción Silva.
Juan de Dios Peza me hizo amar a México
y con Gutiérrez Nájera pensé
morir en alta mar un día hermoso.
Leí con Nervo páginas del Kempis
y fue Enrique González Martínez quien me dijo
que hay un cisne engañoso
al que debemos retorcer el cuello.
De un ciego un día me apiadé en Granada
porque Francisco Icaza hizo su copla
inolvidable, y fue Torres Bodet
el que me descubrió que soy yo mismo
la fosa donde está aún vivo mi padre.
Me hubiera suicidado con Lugones
al que me unió cadena de oes y eles,
pero Raúl González Tuñón ya había visto
una Asturias en llamas y a la puerta
de Madrid roto golpeó el romance.
Cabalgué en los caballos de Quesada
y Hernán Cortés, mientras Santos Chocano
sujetaba las riendas.
Con Palés Matos escuché las danzas
de Martinica y esperé con Borges
a que al fin se fundara Buenos Aires.
«Eres la compañía con quien hablo»,
dijo a la Poesía Villaurrutia
y lo aprendí, como con Pellicer
aprendí que no hay nada más difícil
que acordarse uno mismo de su nombre.
Besé rojos carbones de Delmira
y recé el padre nuestro de Gabriela.
Me asomé de Alfonsina al mar oculto
y vi las manos florecer de Juana,
vigilias de Rosario Castellanos
y pasiones de luz de Sara Ibáñez.

Han pasado los años, pero aún sigo
entrando en residencias de Neruda
y a Macchu Picchu subo todavía.
Aún oigo a Juan Ramón hablar de Eugenio
Florit. Siento los golpes violando
las puertas carcomidas de Vallejo
y escucho sus heraldos de amargura.
Percibo el aire azul que con sus alas
mueven la golondrinas de Huidobro
y entre los brazos de Lezama Lima
sé que muere Narciso. Y aún me acerco
hasta el taller de Octavio Paz y doy
la vuelta a sus palabras, a su piedra
de sol y sus semillas para un himno.
Nicanor Parra brinda aún el refugio
de sus antipoemas y Germán
Pardo García la emoción telúrica
de la imponente noche americana.
Aún piso con Vicente Gerbasí
tierra de inmigraciones, y aún escucho
a Elvio Romero y su guitarra dura.
Reconozco los rostros de los viejos
abuelos que confiesa Nicolás
Guillén. Alzo plegarias
por Marilyn Monroe con Ernesto
Cardenal, y a mí mismo me pregunto,
igual que se pregunta José Emilio
Pacheco, la razón de mi escritura
tan inútil. No obstante miro en torno,
veo el rostro y escucho la palabra
de Alberto Baeza Flores
y de cuantos pronuncian
ahora el nombre de España con su ritmo,
con su música propia y su cadencia.

¿Son los barcos que vuelven?, me pregunto.
Los navíos que fueron a su orilla
regresan con el verso y la esperanza,
con la flor inmarchita del poema.
Entonces echo mano a la memoria,
con Javier Sologuren, y recuerdo
al inca Garcilaso, y con Octavio
Paz a Sor Juana, y digo para mí:
«¡qué bien suenas y cómo de mi sangre
suenas, querida y vieja lengua mía!».